

# Niños perdidos

Poco puedo recordar del camino hacia el pueblo que tantas noches nos refugió, ahora convertido en ciudad. Ahí donde estuvieron las tiendas que saqueamos hay ahora cafeterías, tiendas de moda, cosméticos... Al menos la plaza sigue donde la recordaba, aunque mi alojamiento fuere la casa municipal hace una década. Una mujer muy amable, que no reconozco, me guía hacia el interior de mi habitación mientras se ofrece a enseñarme las inmediaciones antes de que anochezca. Se percata del poco equipaje que llevo, siempre una mochila, y pregunta si volvemos al coche a par las maletas. Sonrió rechazando su última propuesta y aceptando la primera. Como las temperaturas han descendido por debajo del cero, acomodo mis rizos dentro de un gorro de lana negro antes de abandonar el hotel.

El ambiente de las calles ha cambiado poco, los niños corren por la carretera sin preocuparse de los coches y allá donde alcanza la vista se suceden avenidas interminables de árboles con luces festivas. Los edificios no han crecido lo suficiente para cubrir el crepúsculo, es una ciudad que ha crecido a lo ancho, se encarga de explicar mi guía un par de pasos por delante. El rodeo al casco antiguo me trae a la memoria mil y una aventuras, que se congelan en el tiempo cuando nos detenemos en el centro de la plaza. Donde hubo una imponente fuente de angelitos regando lirios hay ahora una estatua en homenaje a los niños perdidos. Tengo que esforzarme tanto por contener las lágrimas que apenas logro escuchar palabras sueltas de la explicación que está dando sobre su origen, e incluso después, ya desde la habitación, mis ojos no pueden apartarse de las siluetas en bronce que iluminan tenuemente las farolas.

Con los primeros rayos de la mañana pongo rumbo hacia el aeródromo, siguiendo las indicaciones que me remitieron la semana anterior. Abandonado conocí aquel lugar e igual ha seguido todo este tiempo. El desguace a su lado se ha ampliado, acogiendo también el depósito municipal, y es el mismo guardia el que mantiene aseguradas ambas vallas con enormes candados. Un complemento que no estará presente en el pasado para detenernos, cuando debió hacerlo. La capa de polvo en el interior del hangar me da a entender que la medida disuasoria lleva tiempo surtiendo efecto. Dejando un rastro de huellas, como si de nieve se tratase, dirijo mis pasos hacia el nivel superior. Solo los faros del coche y algunos rotos en los periódicos que cubren las ventanas aportan suficiente claridad al interior para vislumbrar los escalones de hierro. Una vez en la sala de control no me queda más remedio que retirar las cortinas improvisadas para viajar al pasado. Allí donde dejé un viejo motor de avión a medio arreglar, siguen ensambladas sus piezas esperando volver a moverse algún día. He venido a desguazarlo, pero después de eso, nadie conoce el futuro que le depara a sus piezas. El suelo está cubierto de papeles aún más antiguos y el único mobiliario que se ha conservado es la mesa que sujeta el mecanismo. Sin pensarlo demasiado bajo al coche, para subir de vuelta los escalones de dos en dos con las herramientas colgando del hombro.

Como siempre me pasa cuando estoy debajo del capó de un coche, he perdido la noción del tiempo y apetito, cuando el ruido de la puerta del hangar me devuelve a la realidad. Un escalofrío recorre mi espalda e instintivamente salto hacia la pared donde todavía una de las cubiertas metálicas oculta la cabina, que tantas noches me mantuvo a salvo del exterior. Reconozco al alcalde entre las voces que van ascendiendo, pero no recuerdo haber concretado ninguna reunión con él en nuestra última llamada. Cuando la puerta se abre lamento, por un segundo, no haberme ocultado, al reconocer demasiadas de las caras que le acompañan junto a la policía. Se que mi rostro no puede ocultar la sorpresa, por muchos años que haya practicado mi cara de póker, ahora suficiente es que soy capaz de mantenerme en pie mientras les escucho hablar.

- Mi padre siempre creyó que volverías algún día. - comienza el alcalde con una sonrisa debajo de la bufanda. - Yo estaba estudiando fuera cuando os instalasteis en el pueblo, pero cuando regresé, mi padre no hablaba de otra cosa. Incluso en su lecho de muerte nos hizo prometer que no dejaríamos de buscar y siempre protegeríamos la estatua que mandó construir en la plaza.
- Le habría encantado estar aquí para darte un buen capón. - se ríe el viejo camionero, que en otra época vigilaba sin éxito el cementerio de automóviles, mientras se acerca a mí y me coge el brazo. - y un buen abrazo, pero creo que antes deberías sentarte. - Mi cuerpo reacciona al contacto apartándose bruscamente y chocando de espaldas contra la pared de metal. Gracias al choque soy capaz de articular mis primeras palabras.
- No sé de qué va esto, me habéis dado un susto de muerte. - estiro mi cuerpo sonando bastante convincente. - No me había dado cuenta de que ya se ha hecho tan tarde, recogeré las cosas para volver mañana. - comento rodeando la mesa, en un intento por ganar terreno hacia la única vía de escape. No he tenido tiempo de lanzar el primer impulso para cruzar la puerta a la carrera cuando me vuelven a agarrar del brazo. Esta vez el tirón me da la vuelta, colocándome frente al policía, que ha ligado nuestras muñecas con sus esposas.
- ¿De verdad creías que ibas a poder salir de aquí corriendo?
- Tenía que intentarlo. - respiro con resignación mirando al suelo. Había contemplado la posibilidad de que alguien me reconociese, pero no la de dormir en el calabozo la segunda noche. - Creo que esto ha llegado demasiado lejos para ser un malentendido ¿a quién estáis buscando?
- Jess, ya es suficiente. - de todos los nombres que esperaba escuchar, no contaba con el mío. Pero antes de poder articular la siguiente mentira mis ojos coinciden con los del guardia.
- Robert. - susurro sintiendo como las fuerzas abandonando mis piernas y caigo de rodillas al suelo. Su sonrisa me acompaña en el descenso para concluir en un abrazo.

Protegida por sus brazos solo puedo llorar y recorrer su figura con mis manos. Tanto hemos cambiado que no le reconocí en la puerta, pero su voz expresión sigue siendo la misma, la herida que se hizo en el brazo por tirar de mí hacia el tren ya ha cicatrizado, pero sigue ahí. Es real, estamos uno frente al otro, aquí donde un día hace diez años me convencí de que todo había terminado.

- Deberíamos volver al pueblo antes de que anochezca más. Seguro que tenéis mucho que contaros. - interrumpe el momento el alcalde caminando hacia la puerta con los demás.
- ¿Puedo quitártelas ya? - Pregunto Robert con los ojos enrojecidos, liberándome del abrazo. Asiento mirando con cautela alrededor. Mientras abre el cerrojo de las esposas me fijo en que aún lleva la pulsera de piedras y cordeles que hice a juego para todos. La mía se convirtió en el colgante que asoma debajo de la camiseta, cuando empecé a trabajar en el taller, por miedo a perderla entre reparaciones y reconstrucciones. Seguramente él se haya dado cuenta antes que yo del recuerdo, puede que fuese lo que me delatase, aunque abrazados en el suelo del hangar parece que no hayan cambiado tanto las cosas.

Resistiéndome a soltarle por si fuese una ilusión, recojo las herramientas de la mesa y acompaño a los visitantes a la planta de abajo, donde cada uno se va a su vehículo, con la promesa de conducir hasta la casa del alcalde para cenar juntos. Durante el trayecto vuelvo a sentir la tentación de escapar con un volantazo, pero el reflejo del coche de policía en el retrovisor solo me deja sonreír al horizonte.

El segundo abrazo de la noche llega en el porche del adosado frente al que hemos detenido los coches. A pesar de las canas, reconozco por su colonia a la dueña del mercado, cuyas cajas tantos días nos salvaron de la inanición. Eso no impidió que en otros paseos por los puestos saliésemos corriendo con los bolsillos llenos hacia el desierto, pero parece que todo eso ha quedado olvidado o no estaría disfrutando de su estofado en vajilla de porcelana blanca. En todas las repisas de la casa, e incluso colgando de las paredes, la historia familiar se sucede en instantáneas a color, donde se puede ver a Robert crecer y recuperar el brillo en su sonrisa. Al menos uno de los dos lo consiguió. Enmarcado en la misma aleación que la estatura de la plaza, sobre la chimenea, preside la foto familiar de la inauguración del monumento. No recuerdo haber visto jamás al alcalde sonreír en nuestra presencia y, sin embargo, ahí está apoyando familiarmente el brazo sobre los hombros del principal responsable de todos los delitos que se cometieron años atrás.

- Nos alegra mucho tenerte de vuelta. – repite la antigua alcaldesa tendiéndome una taza de chocolate caliente. – A mi marido le habría encantado enseñarte el pueblo e invitarte a que te quedaras, aunque seguro tienes mucho que hacer en la gran ciudad. – continúo evadiendo sus tentativas de preguntas en silencio. – Yo no fui tan optimista, mis hijos lo saben bien, incluso llegué a proponer que hubieses muerto, como los demás. – su relato se detiene al despertar mi interés por primera vez. Nuestros ojos se encuentran buscando una confirmación de sus últimas palabras, que se retoman atropelladas. – Lo lamento, pensé que lo sabías, pedimos a la dueña del hotel que te contase la historia de la estatua. – intenta excusarse desviando la mirada hacia su hijo adoptivo, que ha permanecido de pie frente a la ventana desde que acabamos de cenar, midiendo las distancias y palabras que intercambiaba conmigo.
- No fui capaz de escucharla. – susurro sincera cuando logro recomponerme. Mi orgullo se niega a llorar en una sala llena de extraños. El crepitar de la leña en la chimenea vuelve a llenar el salón durante demasiado tiempo y el camionero se revuelve en el sofá mientras vuelan las miradas de unos a otros y mi vista sigue clavada en los ornamentos de la alfombra.
- Vamos a dar una vuelta. – resuelve Robert, acercándose hasta el sillón y tirando de mi brazo por segunda vez, para que me levante. Nadie más hace ademán de seguirnos hasta la puerta, donde nos ponemos el abrigo en silencio y entramos en la gélida noche invernal, que tantas otras noches nos tocó soportar a la intemperie. Siguiendo el camino anaranjado de farolas y esquivando algún que otro charco congelado, Robert avanza un par de pasos por delante de mí.
- Cuando mi hermano me habló de tu llamada por primera vez, – empieza, mirándome a través del reflejo de las ventanas. – no le creí. Pero la segunda vez estaba en la habitación con él y aunque no reconocí tu voz, estaba seguro de quien eras. Lloré, me enfadé, grité y pensé que haría lo mismo al verte. Te mereces que lo haga y no puedo. Aún tenía dudas de que fueses realmente tú y ahora solo estoy feliz de que lo seas. – con esta última confesión se gira para regalarme otra de sus sonrisas, que no tarda en desaparecer al cruzar la calle. – Quería librarme de tener que contarte la historia, quería escuchar la tuya para dejar de culparme y nada está saliendo como esperaba.
- Lo siento. – me veo obligada a contestar ante tanta sinceridad. El frío ha cortado mis lágrimas y despertado mis sentidos por completo. – ¿Y si empezamos de nuevo? Soy Jessica. – me detengo ofreciéndole la mano. Él se gira y, antes de que pueda agarrarla, invoco nuestro saludo secreto, que encuentra continuación en sus manos “Soy Robert” añade al terminar. Esta vez soy capaz de devolverle la sonrisa. – Me has pedido que te cuente una historia y sabes que no puedo resistirme. Como toda gran aventura, tendrá algo de verdad y fantasía, que dejo a tu imaginación. – gesticulo recordando las noches de cuento con nuestros hermanos, esa era su coetilla favorita.
- Antes de que empieces, vamos a entrar en calor. – dice abriendo la puerta del hotel. A pesar de las horas que son, consigue que la dueña encienda las luces del salón y nos trae dos cafés a la mesa de la ventana, desde donde podemos pretender reunir a la familia una vez más. Cuando se marcha, cerrando la puerta tras de sí, comienzo el relato.

*“Aquella noche, corrí tanto que llegué a la cabina con el corazón en la mano. No pude mirar tras, no me atrevía, solo corría y con cada bocanada de aire los pulmones me ardían un poco más. Desde las rendijas de mi escondite podía ver las luces rojas y azules de la policía ir y venir. Dejé de contar los días, solo esperando que llegase la oscuridad sin ellas. Mientras tanto, me convencí de que todo había sucedido por alguna razón y que los pequeños estarían mejor en su nuevo hogar. Al fin y al cabo, nuestra compañía nunca tuvo un futuro demasiado alentador para ellos. Podrían dejar de robar para sobrevivir y, con suerte, encontrar una familia de verdad. Conseguí convencerme de que nadie me necesitaba y lo mejor que podía hacer era desaparecer. Así que eso hice, me subí al primer tren de mercancías y llegué de polizón a la gran ciudad, sin mirar tras. No me costó mucho encontrar a otros como yo, buscar un puente que me diese cobijo por las noches y una nueva mochila en la que guardar mis escasas pertenencias. Cada noche, repasaba las cuentas de la pulsera, deseando buenas noches y mucha suerte a todos. El recuerdo de sus sonrisas y abrazos me llevó de vuelta al sistema con la mayoría de edad. Ocupé mis días y noches con libros, para no tener que recordar el pasado, y seguí hacia adelante sin mirar atrás. La gente volvió a rodearme, arroparme, y me permití sonreír por primera vez cuando me contrataron en un taller, donde también me dejaban dormir. Quizá fue en ese momento cuando sentí que no lo merecía, recordé que empezar de cero es un lujo al alcance de pocos y nosotros éramos muchos. Traté durante semanas de ocupar mi mente con tuercas y tornillos, pero al final sucumbí a la tentación de revivir el pasado. Mi jefe no estaba demasiado convencido de dejarme marchar en las fiestas, ni yo de hacerlo, pero accedió a indagar en los locales a la ventana de un pueblo desconocido. Aun convencida de que alguien pudiese rastrear mi pasado, me abstuve de llamar la atención buscando información sobre aquella noche. Dejé el trabajo de campo para la visita y cargué el coche con todo lo necesario para que el viaje se convirtiese en una nueva huida. Hasta que llegué y las mismas luces que un día me hicieron correr, detuvieron en seco mis pasos para hacerme mirar atrás.”*

Concluyo la historia con un sorbo al café, que empieza a enfriarse en mis manos. No ha apartado la mirada ni un segundo y como siempre, he sido incapaz de descifrar los pensamientos que cruzan su cabeza. Incluso cuando sacaba mi mejor arsenal de historias, que hacían reír, llorar y temblar de emoción a los pequeños, Robert se camuflaba con una sonrisa. Nunca llegué a perfeccionar una careta tan buena como la suya, pero esta sé que es su sonrisa es algo más que eso.

- Gracias por ahorrarme los detalles de estos diez años y saltar de noche en noche.
- Aún no sé lo que sucedió fuera de la cabina. – le recuerdo mirando la estatua a través de la ventana y preguntándome si realmente quiero saberlo.
- Ni yo, y nunca lo sabremos, pero yo ya he hecho las paces conmigo mismo. – añade leyéndome la mente.
- Eran nuestra responsabilidad.
- Hicimos por ellos todo lo que pudimos. No éramos ni responsables con nosotros mismos a esa edad.
- ¿De verdad lo crees? ¿no hay días en los que piensas que podíamos haber hecho mejor las cosas?
- Si, pero no me culpo por ello. El pasado solo se puede mejorar en los cuentos, no en el presente.
- Supongo que tienes razón. – suspiro algo aliviada por, después de tantos años, estar teniendo esta conversación con la única persona que puede realmente entenderlo. Tanto tiempo ocultando el pasado había puesto un peso sobre mí, que poco a poco va desapareciendo.
- Todavía me sorprende que esa noche corrieses más que yo.

- Estaba más cerca del hueco de la verja. Lo sorprendente es que no oyeses antes a la policía.
- Nos estaban esperando. Sabían que llevábamos semanas entrando al desguace y querían cogernos a todos a la vez.
- No les salió demasiado bien el plan.
- A nosotros tampoco. – resopla desviando la mirada. Ese viejo hábito me indica que no quiere seguir hablando, pero él me ha traído hasta aquí y yo he venido buscando respuestas, así que haré las preguntas.
- ¿Llegaste al árbol de encuentro aquella noche?
- No, fui el único al que atraparon, nada más dar la voz de alarma, tropecé y me metieron en un coche, directo a comisaría. Confié durante toda la noche en que tú habrías llegado y todos estaríais a salvo para cuando lograrse escapar.
- No me atreví a salir de la cabina. Supongo que ambos pusimos las esperanzas en el otro. Solo éramos unos críos.
- Sí. – añade al silencio.
- Así que tu plan de escape fue convertirte en policía. – intento bromear para relajar la tensión que se acumula en sus hombros.
- Eso fue después, pero supongo que esa noche influyó un poco.
- ¿Qué paso en comisaría? – lanzo la segunda pregunta.
- Primero me preguntaron por mí, lo típico ¿de dónde eres? ¿cuántos años tienes?
- Interrogatorio del menor.
- Si, pero en el pueblo no tenían a nadie para eso, así que lo hizo el capitán. – aunque no lo diga, se nota en sus ojos que esa fue la persona por la que se unió a las fuerzas del orden. – Luego me preguntan por los demás ¿cuántos éramos? ¿dónde dormíamos? Y así estuvo toda la noche.
- Supongo que no le contaste nada.
- Un par de mentiras, mi atención estaba puesta en la radio policial. Podía escuchar cómo cada vez nevaba más y no os encontraban a ninguno.
- No lo recuerdo, aislamos la cabina demasiado bien.
- No lo dudo, te encargaste tú y siempre se te dio bien arreglar cosas. Supongo que sigue siendo así, viendo donde trabajas.
- Perfeccioné un poco mis técnicas, pero sí, siempre me ha encantado. – no quiero que el tema se desvíe, así que vuelvo a preguntar. – entonces ¿qué fue de los niños?
- Por la mañana necesitaba confirmar que estabais a salvo, así que mandé al capitán al árbol de encuentro, – se detiene para beber de una taza vacía, imagino que para sacar fuerzas antes de hacer el anuncio. – y los encontré a todos. Quería ir con él, pero me dejó en una celda con la radio y siempre se lo he agradecido.
- Aun así, escucharlo no debió ser fácil.
- No, pero después de describirnos a todos y que no te identificasen, lo único que sentí fue rabia. – aprieta las manos alrededor de la taza, reprimiendo ese sentimiento para continuar. – Durante años solo quise encontrarte para darte una paliza, hacerte pagar por abandonarles, y luego se me fue pasando, tranquila. – he reaccionado instintivamente escondiendo las manos debajo de la mesa. – Tengo una familia maravillosa que me ha ayudado a superarlo y vivir con ello.
- Me alegro mucho Robert, de verdad, y siento no haber estado allí. – no puedo terminar de decir lo que siento porque las lágrimas se han empezado a escapar de mis ojos sin permiso. Me deja llorar en silencio, manteniendo la distancia, esperando a que deje de temblar. No sabría decir cuánto tiempo me llevó recomponerme y sonarme los mocos en la servilleta, pero el último

suspiro se llevó consigo toda la carga emocional que me quedaba. – Gracias por todo, por contármelo, por no pegarme... – intento recuperar la sonrisa. – no sabía si sería capaz de volver y me alegro de haberlo hecho.

- Yo también me alegro de que lo hicieras. – responde cogiéndome de la mano. – Te he echado de menos.
- Y yo a ti, a todos. – acaricio su pulsera, ya desgastada por el paso del tiempo. – Tengo que cambiarte el cordel antes de que se rompa.
- Sí, es buena idea. Ahí vuelve a salir “Jessarreglatodo” – sonrío de verdad.
- Solo tú me llamabas eso.
- Pero es verdad, reina del desguace.
- No he dicho lo contrario. Una parte de mí no esperaba volver a escucharlo, la verdad.
- Ni yo volver a decirlo, pero siento muy bien hacerlo.
- Es como un viaje a un cuento del pasado.
- A uno bueno.
- Ojalá todos lo fuesen. – añado.
- Son los que hay que recordar.
- Tienes razón.

Hasta bien entrado el Sol por la ventana recordamos todas esas historias: anécdotas de viajes, carreras escapando de la policía, planes maestros para robar... Todos empezamos el camino solos y lo acabamos en la mejor compañía. Sin hablar del presente noté que, como yo, es feliz y vive cada día con una sonrisa por ellos.

Después de la charla, no encontré la motivación para trabajar cuando me quedé sola, así que visité la estatura y la biblioteca, para descubrir los detalles que Robert me había ahorrado conocer. Para sus quince años debió ser duro imaginar los cuerpos helados de los pequeños, pero diez años después te dan otra perspectiva, especialmente si ya has visto algún cuerpo azulado bajo un puente. La experiencia me ha enseñado que los inviernos son duros en la calle, estés donde estés.

Aunque alargué la estancia un par de días para terminar el trabajo, nada me salvó de acudir a otras veladas nocturnas del pasado, donde lo máximo que podía hacer era sonreír. Robert intentó que contase alguno de mis cuentos a los presentes, pero no encontré las palabras para el público que me escuchaba. Aun necesité de unos meses más para asimilar que no estaba viviendo en un sueño y todo estaba sucediendo de verdad.

未 来

No esperaba que Jess se fuese tan pronto, pero en su lugar habría hecho lo mismo. El abrazo de despedida duró más de lo normal, pero menos de lo que me hubiese gustado, y mis ojos siguieron su coche hasta que se perdió en el horizonte. Luego todo fueron preguntas, como si estuviese sentado al otro lado de la mesa, cegado por la ilusión y encadenado a la realidad. Había pasado demasiado tiempo, y aunque nuestros caminos se habían cruzado, somos un par de desconocidos. Me convencí de ello para evitar salir a buscarla, sabía que la haría sentir incómoda, aunque mi familia opinase lo contrario. Al menos había conseguido encontrarla antes de que derrumbasen el hangar para construir un centro comercial. Es el gran proyecto de mi hermano para atraer más personas al pueblo y dar trabajo a los que lo necesitan.

Tardé un par de semanas en recibir el mensaje que yo no me atrevía a mandar, y después llegaron las llamadas de madrugada. Ninguno habíamos perdido el hábito de dormir poco y lo aprovechamos cada día al máximo. En verano se programó el inicio de las obras para dismantelar el aeródromo y levantar el nuevo edificio, pero no quise avisar a Jess, parecía siempre estar ocupada, incluso cuando solo nos acompañaban las estrellas. Ya habíamos compartido nuestros traumas del pasado y las alegrías, no era necesario pasar páginas, ambos lo hicimos a nuestro modo tiempo atrás.

Aun así, no puedo evitar pasarme el primer día del derrumbe, con la excusa de supervisar los trabajos y ayudar con la circulación. Al mediodía empiezo a arrepentirme dentro del coche patrulla, donde ni el aire acondicionado evita que todo mi cuerpo sude. Vuelvo a examinar los alrededores, con la esperanza de que algún árbol brote del suelo y poder resguardarme en su sombra, pero no hay suerte. Cierro los ojos un rato, me reclino en el asiento e intento relajarme escuchando el ruido estático de la radio "alguien, quien sea, podría saltarse un semáforo" deseo en mi cabeza.

Un golpe en la ventanilla me sobresalta, con la mano retiro el sudor de mi cara y vuelvo a ponerme las gafas de sol, mientras aprieto el botón que baja el cristal. Un granizado de limón atraviesa la ventana y reconozco la pulsera de la mano que lo sostiene. Ahora las llevamos a juego desde su última visita.

- Creo que lo necesitas más que yo. – se ríe Jessica asomándose al interior, ella también lleva gafas de sol y el pelo recogido en un moño sobre la cabeza.
- Gracias. – es lo único que se me ocurre decir antes de darle un sorbo, que me congela el cerebro.
- Nunca aprenderás. – se vuelve a reír, dándose la vuelta hacia la obra. – Bueno, supongo que esto es un final y un nuevo comienzo para todos.
- Si, ¿por qué no me dijiste que vendrías?
- ¿Por qué no me dijiste que lo iban a demoler? – me devuelve la pregunta todavía escudriñando las máquinas, seguro que pensando en abrir el motor a alguna.
- No quería hacerte volver para recordar el pasado. – confieso.
- No he vuelto para eso ¿a qué hora acabas? – pregunta volviéndose hacia mí.
- Cuando alguien se salte un semáforo. – bromeo – ¿qué quieres hacer?
- Saltarme un semáforo, – responde sacándose la lengua. – o puedes escoltarme de vuelta a tu casa para que no lo haga.

Jess siempre consigue salirse con la suya y cinco minutos después voy vigilando por el retrovisor que me sigue de vuelta a casa. Algo más se mueve en el coche y eso que lo lleva cargado hasta arriba. Empiezo a pensar que su petición ha estado más justificada de lo que esperaba, cuando descubro que la otra silueta es una niña. No me ha comentado nunca nada

sobre ella, así que no las pierdo de vista hasta que llegamos a nuestro destino. Mi madre nos ve llegar, pero no sale a recibirnos a la puerta mientras desmontamos y nos encontramos entre los dos coches. La niña se ha abrazado a su pierna corriendo según ha bajado del coche. No debe tener más de diez años y me mira disimuladamente desde la protección de Jessica.

- Robert, esta es Lauren. – nos introduce. – Lauren, saluda, eres tú la que estaba deseando conocerle. – está tan roja que se vuelve corriendo al coche sin mediar palabra. – Perdónala, está un poco nerviosa y en uniforme impones más de lo que piensas.
- No pasa nada, no sabía que tenías una hija. – asumo intentando ocultar la curiosidad.
- No es lo que te imaginas. Hace unos años estaba en la calle y se está quedando conmigo hasta que arreglemos los papeles. – explica, y mi cara de póker debe haberse diluido porque se ríe y continúa. – Se escapa de todos los hogares de acogida y vuelve al taller, así que estoy intentando acogerla, pero el papeleo y las entrevistas son interminables para alguien como nosotros, ya sabes.
- Si, me imagino. Podrías habérmelo comentado para que te echase una mano.
- No quería ponerte en el compromiso. – aparta la mirada y revisa que la cabeza de la niña asome por el volante. – ¿Por qué no seguimos hablando dentro? Vamos Lauren, sal de ahí, que te vas a convertir en un huevo frito.

Unas horas después, mientras ayudo a preparar la habitación de invitados para nuestras huéspedes, me doy cuenta de que el día pasaría a la historia como uno de los más felices de mi vida, a pesar de cómo había comenzado. Mi hermano ha estado hablando con Jess en secreto, llegando a un acuerdo comercial. El nuevo centro tendrá el primer taller de reparaciones del pueblo con ella a la cabeza. Estando Jessica de por medio nunca sabremos de quién fue la idea, pero mi madre está entusiasmada con la presencia femenina en casa y pretende alargarla lo máximo posible. Yo todavía necesité de varias noches para asimilar que volvemos a dormir bajo el mismo techo, y ya no necesito soñar un sueño que se ha hecho realidad.

*Dreams do come true, if only we wish hard enough. You can have anything in life if you will sacrifice everything else for it.*

J.M. Barrie – Peter Pan